

Lorenzo Milani, «sacerdote»

JOSÉ PASCUAL SAN EMETERIO

Trabajo harto difícil el tratar de reflejar la vida y pensamiento de este «cura» rural italiano. En primer lugar porque es un nio y profeta, y como tal es delicado abarcarlo e interpretar sin caer en la parcialidad e inexactitud. En segundo lugar que no le conocí personalmente, ni le vi actuar para descubrir sus más escondidas motivaciones.

Mis fuentes de reflexión son, simplemente, sus escritos: «Experiencias Pastorales» y diversas cartas a amigos suyos, así como también los testimonios y escritos de aquellas personas que vivieron con él: sus alumnos «Carta a una maestra», diversas cartas más. Igualmente he leído el libro de Martí: «El Maestro de Barbiana» y las publicaciones de José Luis Corzo en diversas revistas.

De todas formas me siento respaldado y justificado al hablar de él por una cierta empatía personal, por haber vivido una experiencia parecida a la suya (soy cura rural) y por estar convencido que algunos de mis métodos y objetivos fundamentales de la parroquia en poco se han parecido a los suyos. Al estar ahora no entonces, convencido de ello, me encuentro más cerca de él y de la verdad, y por lo tanto de su fiel interpretación.

El objetivo de esta reflexión o trabajo se va a centrar en Lorenzo Milani como sacerdote: qué concepto tiene él del sacerdocio, cómo encarna él en la praxis tal imagen para ser fiel a su vocación; es decir cómo don Milani, sacerdote, actúa en el ambiente que le ha tocado vivir por imposición (como a todos) para ser fiel a su misión. Quiero advertir, y pido mis disculpas, que voy reflejando a lo largo de este trabajo mi situación personal y la de mis «feligreses» rurales. Si así lo hago es, no sólo para facilitar la narración, sino por lo curioso que resultará el contraste con la actuación de Milani.

Falso planteamiento

Me parece oportuno hacer ver desde el principio que sería falso, pueril y poco serio llegar a la conclusión de que Lorenzo Milani como sacerdote era ortodoxo o heterodoxo; apaciguado o revolucionario; conservador o progresista. Ello se irá viendo sobre la marcha a la libre interpretación del lector. Pero eso es lo de menos. Lo importante es descubrir, prescindiendo un tanto de su ideología teológica y profana, el compromiso de su vida, la honradez de su postura y el resultado de su «intuición» profética en favor de los pobres.

No cabe duda que estamos en unos momentos en los que tener unas ideas claras y acomodadas teológicamente al presente, así como unos objetivos definidos y apropiados a las necesidades del hombre actual, es de mucha importancia y eficacia. Estamos en una época en la que cuesta, y por eso es más decisivo, poner las cosas en su sitio y saber delimitar los campos de las distintas ramas o quehaceres, según lo exigen los descubrimientos actuales conforme a las exigencias y mentalidad de la sociedad de hoy. En este sentido me atrevería a afirmar que Milani no andaba demasiado sobrado (al menos en una primera etapa) en la concepción y enfoque de lo «explícitamente» religioso, como pudieran ser: los sacramentos, por ejemplo el concepto de Eucaristía, de pecado; así como el concepto de gracia, de Dios, de salvación, de religión. Algunos ejemplos y frases presentes en sus escritos parecen apuntar un enfoque demasiado individualista, privatizado y casuístico de los sacramentos, en concreto del de la penitencia. Le dice a don Piero en una carta textualmente: ...«y nadie nota que no has afrontado el problema central, que no has cumplido tu obligación de 'llevar' los sacramentos y el evangelio a los adultos, a los alejados». Parece seguir manteniendo el viejo lema de que los sacramentos son *algo* (algo) que hay que dar y que la gente tiene que «recibir» para el bien de su alma. Igualmente se nota en él una interpretación un tanto discutible de todo lo temporal cuando dice: «Si lucho por los problemas sociales y sindicales —materia despreciable— es no tanto por el valor de ello en sí, sino en cuanto que esto en última instancia va a hacer posible que las personas estén junto a mí...».

Bien, he advertido todo esto para dejar claro —según yo creo interpretarle— que Milani en sus enfoques teológicos, litúrgicos y catequéticos seguía una línea un tanto tradicional a la hora de concebirlos en su mente, aunque no estuviese de acuerdo con todo ello por falta de honradez y autenticidad en aquellos que los recibían.

Sin embargo, y lo repito de nuevo, aunque el ir superando muchos de estos conceptos y realidades para encuadrarlas en el tipo que las corresponde es algo básico, es muchísimo más importante ser consecuente, honrado, valiente, decisivo, intuitivo e inteligente a la hora de actuar. A Milani se le podrán discutir el terreno ideológico —e incluso en el práctico— algunos puntos de vista, pero lo que nadie le podrá negar, y aquí está su mérito es que hizo lo que tenía que hacer, y lo hizo bien, y lo hizo liéndose de lo tradicional con todos los riesgos que esto supone. La historia se repite. En esta sociedad tan pluralista no podía faltar curas de todos los tipos y posturas; desde los que se consideran «avanzados, progresistas» y su testimonio en la práctica deja mucho que desear, bien por falta de decisión, bien por dar en el «quid», o bien por las presiones a las que están sometidos, hasta los que, sin estar tan en línea y al día, son auténticos profetas, liberadores y hasta revolucionarios en la práctica. En estos últimos incluiría yo a Milani. Intentemos verlo más detalladamente.

Milani en la parroquia

Vamos a prescindir de los datos personales que nos llevarían a situarle en la parroquia de San Donato, para pasar a describir la realidad cultural, sociológica y religiosa de las gentes con que él se encontró tanto en San Donato primero, como en Liana después, fijándonos principalmente en su primera parroquia, que es a su vez su primera experiencia. Para el objeto del trabajo es suficiente.

El 13 de julio de 1947 recibió la ordenación sacerdotal. Pocos días después era nombrado coadjutor de San Donato de Catanzano, población situada a unos 15 kilómetros de Florencia y a 10 de Prato. Se trata de una antigua parroquia situada en la cima de una loma. Allí llegó con la ilusión de una luna de miel (al igual que hemos hecho todos) dispuesto a lanzarse en brazos de «su amantísima esposa» la Iglesia para, en ella y desde ella, lograr la salvación de las almas (expresión primitiva y clásico objetivo típico de todo sacerdote en rodaje).

La inmensa mayoría de sus feligreses eran pobres, campesinos los unos, obreros de las fábricas textiles de Prato los otros. Desde un principio la relación con su pueblo no está marcada por la exigencia de una acción social, sino por la exigencia religiosa de la predicación del Reino de Dios. Los cambios son necesari-

pensará él, no para que los pobres vivan mejor, sino para que los hombres cometan menos pecados. La injusticia social, se dirá, no es mala (para mí sacerdote) porque perjudica a los pobres, sino porque es pecado, es decir ofende a Dios y retrasa su reino. Es la pobreza y no la riqueza la que ofende a Dios.

Con esta visión y ánimo se entrega a evangelizar a aquellas gentes. Catecismo y predicación por un lado, como medio de transmitir el mensaje evangélico, y sacramentos por otro como fuentes de gracia y reconciliación, serán —en principio— los principales objetivos y armas con las que se encontrará Milani, y con las que nos hemos encontrado todos.

Será igualmente importante llevarse bien con todos; atraer a la gente; proporcionarle diversiones y locales para tenerles cerca y así evangelizarles y sacramentalizarles mejor. Esta era, al menos, la táctica de los sacerdotes compañeros y vecinos a él.

Metido en tan ardua tarea se va dando cuenta, precisamente por su honradez religiosa y su coherencia entre la teoría y la praxis religiosa, que aquellas gentes practican (los que lo hacen), pero no viven ni entienden aquello que practican; es más, lo tergiversan y confunden.

El catecismo, orientado a lo clásico, es algo inútil e ineficaz en cuanto que en nada hace cambiar la vida de los niños. Los que asisten —más niñas que niños— lo hacen por estar en edad escolar y en cierta manera obligados, pero a los 14 años se van y se pierde todo contacto con ellos (¡Cómo hemos experimentado todos esta realidad!).

¿Por qué sucede esto? Será la primera interrogante de Milani. Los que de alguna forma hemos vivido la misma y triste realidad hemos reaccionado buscando métodos más pedagógicos y asequibles a su situación, así poseemos en nuestras parroquias las guías y cuadernos más actuales en el «mercado», pero la realidad sigue siendo la misma o parecida. ¿Nos estaremos equivocando? Es posible. Milani es mucho más intuitivo y empieza a descubrir la verdadera causa: estos niños no entienden, no captan, no encarnan en su vida y problemas (si es que los tienen) aquello que se les dice; por lo tanto no pueden cambiar.

Es inútil. Esa gente no poseía suficientemente la lengua de la que había que servirse. Si no se domina la lengua, toda comunicación lingüística no deja rastro alguno en quien la recibe; esto vale igual para la cultura religiosa como para la civil.

Milani, pues, convencido de ello no optará por hacer una catequesis muy moderna y adecuada, sino por darles la suficiente cultura y entorno de comprensión capaz, no sólo de oír, sino de captar y asimilar.

Esta primera comprobación la irá confirmando a medida que aumenten sus relaciones con los feligreses: «ideas poco claras sobre el matrimonio y sobre el pecado, ausencia de los más elementales conceptos sobre el cristianismo, y todo ello sobre sustrato de gran incapacidad de hablar y de entender que, repetidas e insistentes aclaraciones del sacerdote, de nada sirven». Esta es la realidad que va descubriendo.

Al ver esta realidad que describe no puedo menos de desahogarme. ¡Cuántos matrimonios he casado sin saber lo que hacían a lo que se comprometían, es más, yo diría que sin una fe consciente y personal! ¡Cuánta gente he confesado sin sentido de culpabilidad, sin saber por qué y para qué es el sacramento de penitencia! ¡Cuánta ignorancia, cuánta comedia, cuánta rutina, cuánta hipocresía a la hora de recibir los sacramentos! Como Milani, también soy consciente de semejante aberración, inherencia y falta de autenticidad de un pueblo inculto hasta lo religioso.

Sociedad clasista

Lo intenté remediar explicando, por activa y pasiva, en reuniones de matrimonios, homilias, cursillos prematrimoniales, pero de poco o nada sirvió. La ley, la costumbre, la tradición han dado más que mis explicaciones. No caí en la cuenta de la verdadera causa: no entienden, no asimilan; hablamos dos lenguajes diferentes.

Si pasamos a la Eucaristía, Milani constata que la misa de Domingos tenía todo el aspecto de una «indiferencia públicamente ostentada». Van a «oír» misa; van a cumplir un precepto; van a exhibirse; van porque siempre se ha ido. Allí no participan; aquello no es algo suyo a celebrar; se aburren, por cuanto menos dure mejor, y cuanto más tarde lleguen, mejor tienen que aguntar. La religión, por otra parte, es más bien para mujeres, niños y curas; los hombres sólo asistirán en masa a entierros, funerales, bodas, fiestas del pueblo.

Milani ante este panorama usó trucos que todos hemos empleado: cerrar la puerta, advertir, amonestar, reflexionar... pero nada. Es inútil; les falta lo esencial: la fe. Y cómo van a tener si el mensaje que se les trasmite no son capaces de captar. Estamos ante un pueblo semiateo. Se sustenta sobre una religiosidad sociológica, costumbrista, transmitida, basada en lo espectacular y folklórico, en el miedo a la condenación, con mez

de superstición. La importancia dada a las procesiones y rogativas, a las fiestas, a las ceremonias mortuorias, a las novenas, es muestra clara de lo dicho. El espectáculo de «las cuarenta horas» en San Donato y el «descendimiento del Viernes Santo» en mi parroquia tienen algo en común: la afluencia masiva de gente —se trata de un verdadero espectáculo folklórico-religioso— mientras a los demás oficios sagrados de la semana santa apenas acudían. Es un dato más del desenfoque religioso y de la ausencia de fe de un pueblo descristianizado o mal cristianizado.

No digamos nada si nos metemos con las primeras comuniones y las bodas. El aparato externo y el gasto económico se «comen» la tajada al auténtico sentido del sacramento. El ambiente burgués, dirá Milani, ha asfixiado la profundidad de un rito.

Así era la gente de Milani. Así, muy parecida, son mis «parroquianos».

No sirve dar coces contra el aguijón. Hay que ser realista para darse cuenta que se trata de un pueblo, no ya gentil, sino mal enfocado religiosamente y además inculto, carente de una base humana que le impide salir de la tradición y masificación.

Ante esta situación a todos nos han dado ganas de romper radicalmente, de suprimir de un plumazo todo este aparato externo religioso que, lo más parecido con la fe y religiosidad de Cristo, es pura coincidencia. A Milani también se le ocurrió tal solución, por eso dirá: «llegará un momento en que el pueblo sea más culto y capaz de pensar y entender por sí mismo cosas tan simples y lógicas y criticará duramente a los responsables de la Iglesia, culpables de todo esto. Antes de que esto suceda es necesario intervenir duramente y buscar el auténtico sentido, prohibiendo gestos y costumbres que lo deterioran, incluso con el riesgo de ser amenazados por algunos incomprensibles». «La liturgia, dirá Milani, es para iniciados. O se inicia al pueblo, quitando mientras las fiestas (folklore religioso) y el año litúrgico, o seguiremos con la pantomima». La necesidad, pues, de evangelizar es clara. Los sacramentos no son expresión de una fe vivida, sino ritualismo mágico. ¿Habrá que prescindir de ellos para pasar a iniciar en un auténtico catecumenado? Es una tentación por la que todos hemos pasado. Por el contrario, y ante tal dificultad, ¿no será mejor aprovecharnos de esas prácticas y sacramentos para desde ahí evangelizar?

Milani no es partidario de esta última solución. «Si aquel pueblo no era cristiano, pensaba, era necesario que fuese evangelizado. De momento la liturgia queda descartada, ya que suponía una iniciación, una sólida formación bíblica, un sentido de la poesía, una familiaridad con lo trascendente. La simple predicación no

producía ni instrucción ni fe, por las dificultades de lenguaje que antes hemos hablado». La solución, pues, hay que buscarla de otra forma y en otro momento. La idea de la escuela se abre paso como algo necesario para construir los fundamentos intelectuales que pudiesen garantizar una coherencia interior y la estabilidad de ésta.

Milani no podía reaccionar de otra forma: a medias tintas. un hombre radical, brusco, temperamental, consecuente. Por eso no le iba esa solución por la que hemos optado la mayoría a ver otra: evangelizar desde lo que tenemos. Esa solución, (ni es oportuna, ni eficaz, ni reúne las condiciones previas de conversión. Es inútil, de igual forma, traer grandes prediques —al estilo de nuestras misiones pasadas— ya que las versiones al estilo San Pablo (o al modo de los cursillos de cristiandad por ejemplo) son algo que no sucederán, por fallar condicionamientos humanos previos al mensaje, como son entre otros el ser personas capaces de asimilar.

Educación de la persona y evangelización son realidades inseparables. Si no hay persona, no hay cristiano, ni posibilidad de transmitir el mensaje cristiano.

La escuela será el medio de una promoción y mentalización de la persona.

Todo este proceso y estos descubrimientos que Milani va logrando, partiendo de su misión específica de evangelizar, y que le hacen llegar a la conclusión de que al pueblo (los pobres) le falta la lengua, la cultura, la ideología y por tanto la autenticidad de una vida desde la fe, es constatado y ampliado el ver que falta también el poder, el dinero y la posibilidad de participar en la sociedad. Están controlados por una sociedad clasista. Bloque dominante, representado perfectamente en la persona de Baffi, industrial italiano, y bloque dominado en la persona del pobre Mauro (niño de 12 años pisoteado cruelmente el anterior en una explotación sin calificativos) son el fiel reflejo de una sociedad clasista, injusta, inhumana.

El pobre no tiene el dinero, ni la tierra, ni el poder. No puede ser dueño de su trabajo y persona; y para colmo de males le falta la suficiente preparación y mentalización que le permita darse cuenta de dicha realidad y sublevarse contra ella. ¿Qué cristiano va anunciar en esas circunstancias? ¿De qué vida eterna —del anterior— va hablar, cuando ésta —la de ahora— está así? ¿Cómo se les va a hablar de Dios y su evangelio y su Iglesia si no son capaces de ver su realidad y enfrentarse a ella?.

Milani ha dado un paso más en su enfoque religioso y se da cuenta de todo esto. Evangelizar, sí; hablarles del Reino, sí; sa-

les, sí... pero primero hacerles personas conscientes, adultas, capaces de optar, criticar, decidir, no sólo en la vida civil, sino en el campo religioso; realidades, por otra parte, inseparables.

En busca de soluciones

Como ya he apuntado anteriormente, Milani era inteligente; de carácter temperamental e impulsivo. Pero además era un gran conocedor de la realidad de su pueblo y de la sociedad en que vivía. Añadamos a ello una profundidad religiosa, manifestada en una fe comprometida en favor de los más pobres y necesitados. «Quien no sabe amar al pobre en sus errores, no lo ama», pensaba don Lorenzo ante estas incoherencias de su pueblo que le hacían incapaz de evolucionar. «Pero amar al pobre, escribía, significa no solamente aumentarle el sueldo, sino, sobre todo, hacer que se acreciente en él el sentido de la propia superioridad, ponerle en el corazón el horror por todo aquello que es burgués, hacerle entender que solamente haciendo lo contrario de los burgueses los podrá superar y eliminar de la escena política y social».

¡Cuánto confusionismo en esto de amar a los pobres! ¡Cuánta gente creída que amar al pobre es compadecerse de él, darle limosna, acompañarle, aconsejarle y decirle que tiene razón! Y con eso ya contentos. Y el pobre sigue igual.

Yo también he caído a veces en la trampa. Me explico; ante la incultura de los jóvenes rurales organicé con los maestros unas clases nocturnas para enseñarles cosas elementales: cómo hacer una instancia, escribir bien una carta, saber hacer un resumen, leer un libro con provecho, etc., etc. Pero faltaba lo esencial: concientizarles, ayudarles a adquirir sentido crítico de la vida e iniciarles a la acción.

Ante la falta de medios de diversión y reunión, intentamos hacer un campo de fútbol y un salón donde pudieran leer, jugar, estar. Ninguna de las dos cosas se terminaron y la razón es clara: ni sienten necesidad de la cultura, ni saben unirse para hacer el campo, ya que hasta ahora todo se les ha dado hecho o deshecho. Al constatar su individualismo y falta de valoración de lo común, las hice ver la necesidad de unirse en grupo para solucionar sus problemas, sacando incluso beneficio económico. Con tal motivo se organizó una cooperativa para mayores y un plantel de extensión agraria para jóvenes. Ambas cosas se lograron y ambas,

al poco tiempo, fracasaron. Y es que al fallar la persona falló todo.

Estoy con Milani, y como él, en contra de todos aquellos que dedican a organizar centros de diversión, etc..., afirmando o nos dedicamos a hacer personas o todo lo demás sobra, o casa que es lo mismo.

Milani, pues, más que convencido de todo esto se decide a formar una escuela popular para en ella devolver (o mejor dar) la cultura al pobre. Es verdad que ya tiene una escuela nacional, ganizada, establecida, pero en esa clase de escuela el pobre sigue siendo pobre, no sólo en cuanto al dinero, sino pobre de conocimientos, de desarrollo, de mentalidad. En lo único que es rico en suspensos y desprecios por parte de todos. La escuela nacional, con todo lo que la respalda detrás, está hecha para seguir manteniendo las clases sociales ya existentes con las mismas proporciones. En concreto: está orientada por y para la clase dominante. Su objetivo es lograr personas de muchos conocimientos para que luego aporten y sean útiles a aquellos que manejan la lengua y la ciencia y el poder y todo.

A la escuela estatal, y de esto es también consciente Milani le preocupa ni le interesa el que la persona piense, juzgue, y se desarrolle. Es más, exige unos conocimientos que el pobre no puede adquirir porque le faltan las posibilidades y el entorno apropiado para conseguirlos. Por todo ello, dicha escuela no sirve para dar la cultura que los pobres necesitan, como es: menudearlas en todos los sentidos (tal como Freire lo entiende) y que puedan salir por sus propios medios de la situación en la que se encuentran que les está oprimiendo e imposibilitando ser personas, ser ellos.

Hay que crear otro tipo de escuela, clasista también (sólo para los pobres) que sea capaz de ayudarles a descubrir y expresar los valores que llevan dentro; que sea capaz de darles la facultad de comprender, de asimilar, de criticar, de elegir, de ser. Además de adquirir también los conceptos y conocimientos necesarios para toda cultura general. Una vez esto, o al mismo tiempo, podrá optar por el cristianismo (o no optar) con la suficiente libertad y conocimiento de causa como para ser coherentes con lo que elijan.

No se trata, dirá Milani, de que yo me rebaje a su nivel y cultura sino que sean ellos los que adquieran el mío. «Quien sabe volar no debe tirar sus alas por solidaridad con los peatones, más debe enseñarles a volar».

La escuela, paso previo y necesario para la evangelización

A milani le resulta duro como sacerdote tomar esta opción. Dejar de hablar de Dios y de sacramentalizar para dar clases todos los días del año, es algo que rompe el molde. La gente cristiana tradicional tampoco lo acepta; no es ésta la idea que tienen del sacerdote. «No soportan, dice, que seas un hombre, no soportan que quieras intervenir en el vaivén de la vida, que quieras menear las cosas firmes, soliviantar un orden que se han dado a sí mismos y que de cristiano ya no tiene nada».

Pero no queda otro remedio. Será duro y revolucionario, pero es la única solución de dar en la tecla; de proporcionarles lo que necesitan; de no sentirse frustrado, inútil, alienado como sacerdote. Prefiere salirse de lo clásico y actuar en conciencia, que no seguir haciendo lo de siempre a disgusto. (Esto último es lo que nos pasa a muchos).

El, sin embargo, no pierde de vista que su objetivo último es hacer que la gente crea en Dios y se salve. «Cuando sean mis hermanos, dice, no por un retórico sentido de solidaridad humana, sino por una real comunidad de intereses y de lenguaje, entonces dejaré de hacer escuela y les daré solamente la doctrina y los sacramentos. Por ahora esta actividad directamente sacerdotal la tengo cortada por un abismo de desnivel humano y, por consiguiente, no me siento párroco más que haciendo escuela».

La escuela será para Milani como un octavo sacramento. «De ella espero, dice, la llave, si no de la conversión porque es un secreto de Dios, sí de la evangelización de este pueblo». «No veremos aflorar los santos, continúa, mientras no formemos jóvenes que vibren de dolor y de fe pensando en la injusticia social. Es decir en algo que esté en el centro del momento histórico que atravesamos, fuera de la angustia del yo, por encima de las estupideces que están de moda».

Dar escuela y ser sacerdote

¿Serán dos realidades o posturas incompatibles? El dar escuela —en el caso de Milani— ¿es hacer una labor supletoria y provisional? ¿es específicamente sacerdotal?

Sería ridículo andar haciendo «distingos» escolásticos en algo tan serio; y lo hemos hecho muchas veces por desgracia. Así lo entiende Milani: «después de lo dicho, no me parece difícil de-

mostrar que un párroco que hiciera de la instrucción de los pobres su principal preocupación y actividad, no haría nada extraño a su misión específica. Como padre no puede permitir que hijos vivan en niveles humanos tan diferentes y menos aún que la gran mayoría viva a un nivel humano tan inferior al suyo hasta no humano. Como evangelizador no puede quedarse indiferente frente al muro que pone la ignorancia civil, entre su predicación y los pobres».

No podía ser de otra manera a como piensa Milani. Si el evangelio es la buena noticia para los pobres, hay que dársela como sea: dándoles clase, hablándoles o de mil maneras. El considero que debía hacerlo así, porque la buena noticia para ellos era primer lugar hacerles caer en su situación para que salgan de ella.

Es más —y esto no sé si lo entendería así Milani, unas veces parece que sí y otras que no— la evangelización, creo yo, no es más que ayudar al hombre, porque así lo quiere Dios, a que sea hombre, a que no sea explotado ni oprimido, a que descubra su propia riqueza y posibilidades. Educando se está evangelizando si hace desde una fe en Dios. Anunciar al hombre de parte de Dios que su misión es ser hombre y vivir como tal ante los demás, sencillamente evangelizar sin más complicaciones. La fe, y revelación por tanto, no es algo superpuesto, añadido, que aporta verdades nuevas a lo ya existente, sino más bien un *modo concreto* de enfocar y vivir esas realidades. Más aún, en el caso de Milani, yo diría que no sólo hay que dar escuela para promover al pobre, como paso a la evangelización y sacramentalización sino que el promocionarle —así parece entenderlo él— y ayudarle a que deje de ser pobre —en el sentido más amplio de la palabra— es en sí tarea específica de todo cristiano y sacerdote, para quien que lleva consigo una atención, respeto, valoración y amor a la persona con sus necesidades. Entenderlo así desde una fe en Dios y en Jesús de Nazaret, y hacérselo entender a la gente, ya sin más evangelizar. Celebrarlo en comunidad sería sacramentalizar, o realizar el sacramento.

Hacia una postura más radical

Valoro infinitamente la labor de Lorenzo Milani por ser oportuna, revolucionaria y eficaz. La valoro porque logró hacer personas y además cristianas, es decir comprometidas en la sociedad al estilo y ejemplo de Jesús de Nazaret. La valoro por ser intuitiva y valiente: dejó de hacer lo que la gente le exigía en «p

de una religión establecida y rutinaria para pasar a actuar de una forma poco ortodoxa, pero que respondía a lo que el pueblo necesitaba.

Aun reconociendo todo esto, soy partidario, en algunos enfoques, de una postura más radical o al menos concebida desde otro ángulo. Por eso, en vez de decir «amén» a todo lo de Milani (tampoco hay razón para ello), prefiero apuntar hacia soluciones más de raíz.

Así por ejemplo, prefiero —al menos en teoría— seguir siendo utópico y soñar con un sacerdocio distinto, incluso al que se imaginaba él. Un sacerdocio que salga de la base y elegido por ella, que no haga de profesional de lo religioso, ya que lo religioso no es algo distinto de la vida. Por tanto que no viva de distinta manera y forma a como viven todos los hombres y a como es la vida.

Prefiero seguir pensando —aunque me tenga que conformar con seguir sintiendo así— en un cura que no está para evangelizar y llevar los sacramentos, sino para que la gente viva, sea y celebre lo que vive; si se hace desde una autenticidad y una fe allí está Dios presente y por lo tanto ya hay sacramento, eso es un sacramento. (Parece igual, pero no es lo mismo).

Prefiero pensar y creer en un Dios que no convierte ni ilumina ni ayuda mágicamente (aunque se le pida), sino que entra dentro (está) de las posibilidades que el hombre ya tiene desde su creación, puestas precisamente por Dios como don y gracia.

Quisiera seguir pensando —no sé si es pura utopía— que algún día dejaré de sacramentalizar a destajo y sin sentido, solamente por el hecho de estar metido en este Status sacerdotal que me han atribuido, para pasar a ser un hombre cristiano que ayuda a otros hombres cristianos a vivir y celebrar lo que viven.

Quisiera pertenecer a una Iglesia distinta de la que pertenezco, a la que en principio, sólo le pediría que comprendiese algunas de estas cosas que he dicho.

Quisiera..., no sigo. ¿Para qué seguir soñando? Quizás tenga que empezar por arriesgar un poco, como Milani, aunque esto no sea lo perfecto y lo ideal. A veces «lo mejor es enemigo de lo bueno», sobre todo si el pensar en aquello imposibilita hacer esto. Por eso, a pesar de todos los peros, Milani acertó.

NOTA. Las citas textuales de Milani que he incluido en el trabajo, he omitido su fuente de origen por comodidad y por estar unas cogidas del texto italiano y otras de la edición española. Todas, sin embargo, son de su libro: «Experiencias Pastorales».